

IV.

EN LA CORTE DEL MIKADO.—BOCETOS JAPONESES,

POR

D. FRANCISCO DE REYNOSO.

Gran desconfianza me inspiran, he de confesarlo, acerca de su mérito y valor, esa multitud de libros que, con prodigiosa fecundidad, lanzan las prensas cual productos espontáneos de ingenios más ó menos maduros y obedeciendo á una imperiosa y expansiva comunicación de sus autores, para contarnos las impresiones, ideas y sensaciones que han experimentado en sus viajes y correrías á través de tal ó cual país.

Y esta prevención mía obedece á que las más de las veces, salvando raras y honrosas excepciones, este linaje de libros está cortado por un mismo é idéntico patrón: inspirados más por la personalísima sugestión del escritor que por el interés del pueblo que describen, faltos de juicio crítico y de fino y sutil espíritu de observación, resultan, en muy repetidos casos, insulsos relatos de acaecimientos, interesantes tan solo para el autor y, cuando más, para su próxima familia, que se emociona con el consabido peligro de naufragio, si el viaje es marítimo, y vuelco ó descarrilamiento, si es terrestre; y ríe y celebra los lances de la indispensable aventura amorosa corrida por su deudo, cuyo retrato, más ó menos condecorado, adorna, mejor dicho, acompaña, que no en todas las ocasiones es adorno, al librito en cuestión, presentado y ofrecido con las galas y primores de unos cuantos pseudo-grabados, que dan una idea bastante confusa y remota, con frecuencia, de los monumentos, edificios y objetos que se ofrecen á la pública curiosidad.

Este temor mío, que la experiencia comprueba y confirma, no invadió, á la verdad, mi espíritu al leer el título de *Bocetos japoneses*, pues el nombre de su autor, D. Francisco de Reynoso, era garantía muy sobrada para pensar con acierto que su labor,

á la sazón oportuna de su publicación, por el palpitante interés de actualidad que tiene, había de reunir conocimiento profundo, estudio muy detenido, justedad en la observación y sana y depurada crítica.

El Sr. Reynoso, veterano diplomático que en su larga carrera ha recorrido el mundo entero, no ha creído llenar las funciones de su cargo con solo el cumplimiento estricto de los deberes cancillerescos y la pleitesía que rinde á las fórmulas externas propias é inherentes á tan honroso oficio, sino que ha gustado además, demostrándolo en diversos escritos, de estudiar á conciencia y conocer al detalle la historia íntima, la modalidad y carácter de los países á que era destinado, como el medio más eficaz y seguro de cumplir útil y acertadamente la misión de su gobierno y los deberes de su puesto oficial.

Cumplida demostración de cuanto digo nos ofrecen las páginas de su libro titulado *En la Corte del Mikado.—Bocetos japoneses*, que es un estudio completísimo y una perfecta exposición del modo de ser, en los órdenes todos de la vida nacional, de aquel simpático é inteligente pueblo que nosotros hemos visto resurgir de los negros abismos de un secular y bárbaro feudalismo á un envidiable renacimiento político y social, provocando la admiración por la fe y por la constancia y por el viril tesón de que dan gallarda prueba los hijos del Imperio del Nippon.

Tras una amena introducción, que bien puede servir de práctico itinerario, lleno de útiles consejos y oportunas observaciones para los que hayan de emprender el largo y penoso viaje del Extremo Oriente, cuéntanos, á guisa de proemio, la historia política y social del pueblo que nos presenta y adonde ha vivido muy cerca de dos años, permitiéndonos estas sinopsis históricas formar una idea cabal y un juicio exacto de las diversas dinastías que han ejercido la jefatura suprema del Imperio; sus crueles y sangrientas luchas; los hombres eminentes que fueron por transformaciones sucesivas en el régimen de gobierno, dando lugar á la gran revolución de 1868, que cambió de cuajo la interna organización de aquella sociedad, sacudiéndola de su envilecido y prolongado letargo, para elevarla al venturoso y florido des-

pertar de nuestros días, haciéndola tomar rango importante entre las naciones fuertes, prósperas y progresivas.

Nada queda por analizar, nada escapa á la perspicacia del autor, que, en abundante cosecha de observaciones propias y estudios del natural, nos muestra la fisonomía psíquica y moral del japonés, las condiciones de su raza, sus aficiones y aptitudes, el mecanismo de su idioma, sus creencias y prácticas religiosas, el grado de su cultura intelectual; todo, en fin, cuanto contribuye á conocer y retratar el ente moral.

Y en el orden social apórtanos datos modernísimos y preciosos acerca de su constitución, organismos y funcionalidad política; de la organización de sus ejércitos de mar y tierra; de las variadas producciones de su feracísimo suelo; de sus múltiples industrias y de su creciente comercio, todo expuesto con diáfana claridad y método excelente, amenizado con episodios locales y escenas de que fué testigo, pues su calidad de diplomático le abría todas las puertas, narradas sin los enfados de enojosas disquisiciones ni vagas y pueriles divagaciones, antes bien con natural elegancia y correcto estilo, que prestan al relato los encantos de una lectura por todo extremo entretenida y pintoresca.

Un puñado de substanciosas observaciones, recogidas á su regreso por el Celeste Imperio, pone digno remate á tan meritorio trabajo, seguido de importantes apéndices y de un Elenco de nombres de muy práctico y cómodo uso, que sirve de repertorio geográfico.

Ojalá sigan muchos en la diplomacia el noble empeño y el loable ejemplo del Sr. Reynoso, que ha pintado en sus *Bocetos* un brillante cuadro, primorosamente dibujado, justo de entonación, rico en el colorido, de aquel bello Imperio de la Mañana, hoy elevado por el unánime y patriótico esfuerzo de sus hijos á tan alto grado de prosperidad y bienandanza.

Envidiables son los pueblos que tienen gloriosa historia, inmortal pasado; pero muy más felices y envidiados deben de ser aquellos que, por impulso propio, saben labrarse, con el respeto ajeno, un halagüeño presente y un espléndido porvenir.

EL MARQUÉS DE LAURENCÍN.